

Borja Alonso

Cuatrodedos



Primera edición: julio de 2023

© Borja Alonso Alonso, 2023

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2023

Ilustración de cubierta: © Isaac Murgadella, 2023

Fotografía del autor: © Lucía Gracia Salazar

Corrección y maquetación: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FM

ISBN: 978-84-126820-1-4

Depósito legal: B 13208-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

Para mis padres

Prólogo

«Cuando estás en una mesa y no ves al primo es porque el primo eres tú», solía decir Camiz. El espadachín ya podía haberse aplicado el cuento para la ocasión.

Beff el medio ogro le quitó el sombrero de ala ancha, le agarró de los pelos y le metió a la fuerza la cabeza en el lagar, el barreño donde acababan de pisar la uva. Camiz pataleó en un intento por liberarse, pero la mano del matón, áspera como cuero curtido, era una tenaza. Enseguida dejó de pelear. No quería acabar sus días ahogado en hollejos, pulpa y pepitas de uva y resistirse lo único que hacía era empeorar la situación. Pronto le empezó a faltar el aire. El espadachín se retorció con violencia. Al hacerlo, tragó algunos restos de la vendimia; entonces, y solo entonces, el matón le sacó la cabeza de la barrica.

Camiz cayó desmadejado junto al lagar y empezó a toser sin dejar de escupir trozos de uva. El sol se colaba entre los árboles que rodeaban la finca y le pegaba en la cara, convirtiendo la figura de Beff en una mole perfilada a contraluz. Notaba la nariz y la garganta inundadas del dulce de la uva recién pisada. En otras circunstancias menos asfixiantes, ya habría desenvainado y empezado a soltar insultos muy elaborados.

—Me-menuda forma más rara de beber tenéis aquí, demonios. —Tosió tras escupir un trozo de hollejo—. Va, su-suéltame y te cambio el sitio de buen gusto, grandullón.

El medio ogro lo agarró del pescuezo y le volvió a hundir la cabeza en el mosto.

—Afloja, Beff. Los muertos rara vez dan réditos —dijo Wexler Cuatrodedos.

El prestamista estaba justo enfrente del lagar supervisando toda la operación. A su derecha, había una jovencita gнома* de unos veinte años; algunos dirían que muy alta para los de su raza. Su rostro compungido reflejaba el espanto que sentía. Tenía una sonrisa nerviosa en la boca y era incapaz de apartar la mirada del espadachín. Wexler se giró hacia ella.

—Tomemos algo mientras a su compañero se le refrescan las ideas, señorita. Así podrá contarme de nuevo esa historia tan extravagante. —Le ofreció ir del bracete.

Aural miró el brazo del prestamista de reojo, como si fuera una serpiente vestida con traje. Wexler era un hombre terriblemente delgado, con un bigote canoso recortado que le caía a los lados de los labios. Sus ojos grises, fríos e inexpresivos, le daban un aspecto como de pez. El prestamista aficionado al vino le producía una terrible sensación de peligro. Al final, la gнома sonrió y lo agarró del brazo. Tampoco tenía alternativa.

—Será un placer, señor Wexler —dijo. Cinco palabras tan llenas de asco como alejadas de la verdad.

Dejaron la parte trasera de la finca, donde quedaban los lagares y el acceso a la bodega, y dieron un rodeo hacia los viñedos. Pasaron junto a Camiz, que seguía tirado a los pies de Beff. Aural se fijó en que tenía varios moretones en la cara y su camisa estaba manchada, pero no de vino, precisamen-

* En contra de lo que algunos piensan, los gnomos no miden diez centímetros, visten coloridos gorros de punta, ni se transforman en árboles al morir, dejando atrás incontables traumas infantiles. Esta definición encaja mucho mejor con los pixies.

te. Al verla, el espadachín levantó un pulgar para indicar que se encontraba bien... Más o menos. Aural podía hacerse una idea del tipo de técnicas que habían usado los esbirros de Wexler para ablandar su temperamento. Técnicas que sabían a sangre en la boca, cuero en la garganta y nudillos en las costillas.

Siguieron caminando. La finca era un caserío de dos plantas que dominaba una suave colina. A su alrededor, los viñedos se perdían en el horizonte, así como los caminos blancos y polvorientos que llevaban hasta la carretera principal. A dos o tres jornadas de Motaris, la capital del condado, se alzaban las bodegas de la familia Wexler. Tenían fama de producir unos caldos excelentes, como el atrevido tinto Sangre de Corsario o el afrutado rosado Rubor de Doncella. Sin embargo, en esas bodegas no solo tomaban cuerpo los orujos y los gran reserva. También, entre barrica y barrica, se firmaban algunos de los acuerdos más turbios de los Cinco Condados Libres. Tampoco era el tinto lo único que manchaba el suelo de rojo.

—¿Qué le parece mi finca? Mis abuelos trabajaron muy duro para levantar el negocio.

—Espléndida. —Aural tragó saliva. Notó la garganta seca—. Señor Wexler...

—¿Sí?

—Sabe perfectamente que no le servimos de nada muertos.

—En efecto. Siempre he sido un firme defensor de que la violencia es el recurso de los incompetentes.

—Ajá, ¿y qué hay del... «correctivo» que le acaba de dar su empleado a Camiz?

—Un aviso. De momento estoy siendo cordial con vosotros cuatro. Sigamos.

Durante el paseillo, Aural no vio rastro de sus otros dos compañeros, Eldbai y Clepto. Más de una vez se sintió tentada de preguntar por ellos, pero acabó mordiendo el labio inferior y mantuvo la boca cerrada. El contacto con Wexler

le repugnaba por mucho que el prestamista fuera bien vestido, aseado y ligeramente perfumado. Aural disimuló su nerviosismo y siguió charlando de banalidades. Palabras vacías que pretendían postergar lo máximo posible el verdadero tema de conversación. Pronto, la pareja tomó un camino empedrado que se alejaba de la finca y se internó en los jardines. Llegaron hasta un pequeño porche donde habían preparado una mesita blanca, dos sillas y sendas copas. Un cenador.

Otro ogro mestizo, vestido con camisa y tirantes, les estaba esperando. Sostenía un cubo del que asomaban varias botellas de vino. Al igual que Beff, con el que compartía cierto parecido, también llevaba un sombrero hongo y estaba tan musculado que, si se esforzaba, los botones de su camisa saldrían disparados como la metralla de una bomba gnómica. En lo alto del cenador las parras se entretejían y formaban una techumbre, dejando que unos tímidos rayos del sol se colaran y dibujaran en la mesita un mosaico de luces y sombras. A Aural la imagen le recordó a un tablero de ajedrez.

Wexler le soltó el brazo y tomó asiento. Le hizo un ademán para que lo acompañara, a lo que ella respondió con una ligera reverencia, sentándose justo en frente y cruzando las piernas bajo el vestido.

—¿Qué tenemos aquí, Jeff? —El prestamista se volvió hacia el matón—. Ah, una selección de vinos excelente. Cosechas del año en que su excelencia, el conde, tiñó el río Orbeta con la sangre de los sublevados. Una noche aciaga. Empezaremos con el rosado. —Clavó sus ojos de pez en Aural—. ¿Querida...?

La gnoma ya había aprendido a las malas que Wexler siempre disfrazaba sus órdenes bajo una pátina de amabilidad. Así pues, compuso una sonrisa tan falsa como ensayada y le echó un vistazo a las botellas. Al asomarse al cubo dio un respingo: estaba lleno de hielo, algo casi imposible de conseguir en ese Condado Libre si no era gracias a la intervención de un criomante. Aural tomó el rosado y cogió el

sacacorchos que le tendió Jeff al momento. Le costó lo suyo hasta que logró descorchar la botella.

—Vaya, esperaba algo más de espectáculo —dijo Wexler con voz gélida—. Al fin y al cabo, cuando llamasteis a mi puerta, uno de vuestros avales era... Jeff, recuérdame cómo se definió la señorita Naujnas.

—«Poderosa hechicera telequinética», señor.

—Ajá. Y ya veo que ese no fue vuestro único embuste.

—Jamás hay que dejar que la realidad estropee una buena historia, señor Wexler —contestó Aural sin atreverse a mirarle a la cara—. Aquí tiene su copa. Salud.

—Gracias. Cuando senté en esta misma mesa a vuestro compañero, ese semielfo tan orgulloso y estoico, se negó a servirme. Lástima.

Aural estaba llenando su copa, así que por poco no derramó el vino de la impresión.

—¿Está hablando de Eldbai? ¿Q-qué le ha hecho?

Wexler agarró la copa con la mano derecha y, lentamente, se la llevó a la nariz. Con los ojos cerrados, la hizo planear sobre la superficie del vino, olfateando con delicadeza. Parecía un auténtico autómatas que tan solo recibía, filtraba y analizaba los matices del vino que recorrían su nariz. Al momento, se llevó la copa a la boca y bebió la mitad de su contenido. Soltó un gemido de aprobación; al momento, frunció el ceño como si algo no le cuadrara.

—Al menos, dígame si están bien, señor Wexler. —Extendió la manita y agarró la zurda del prestamista con delicadeza. Pretendía parecer sumisa—. Le juro que nosotros...

Wexler abrió los ojos de golpe y le apartó la mano de un zarpazo, como si fuera algún tipo de insecto molesto. Jeff, el medio ogro, dio un paso adelante. El prestamista le hizo un gesto seco para que se relajara y aflojara los puños; luego, se reclinó y dejó que un sorbo del vino se deslizara por su garganta. Sin tragarlo, aspiró por los labios un poco de aire. Contuvo la respiración y lo fue echando por la nariz. Por último, se pasó el resto del rosado bajo la lengua y lo masticó

como si fuera sólido... Entonces lo escupió a un lado con asco.

—El primer contacto sugiere que es complejo y sin defectos, con un toque afrutado a cítricos. Sin embargo, las notas de manzana, que se podrían confundir con sidra, desvelan que es un caldo a punto de pudrirse. En definitiva: nos encontramos ante un engaño. —Wexler alargó una pausa insoportable. Aural tan solo deseaba escurrirse por debajo de la mesa y desaparecer—. Y respondiendo a su pregunta, señorita: no, no les he hecho daño. Al menos, no más del necesario.

—Entonces, ¿Eldbai está bien? ¿Y Clepto?

—Oh, el wiqqe. Hemos tenido que encadenarlo de pies y manos. Se ha fugado dos veces. En ambas ocasiones lo encontramos en las bodegas comiendo queso. —Se rascó los bigotes—. Tiene potencial, y como ya hemos dicho, los muertos no dan réditos.

—Así que eso es lo que somos para usted, una inversión —soltó una risa irónica—. El acuerdo que firmamos...

—El acuerdo que firmamos nos convirtió en socios —le cortó él—, y vuestro patético negocio fracasado generó una deuda que pienso cobrarme de una manera u otra. Mucho me temo que estáis a punto de descubrir una de las maravillas que nos ha traído el progreso y la modernidad.

—¿A qué se refiere?

—A los intereses, por supuesto.

Aural se estremeció. Esa palabra sonaba peor que cualquiera de las maldiciones. Se inclinó sobre la mesa.

—Mire, todo ha sido culpa de una serie de infortunios. El pedido extraviado en el río Orbeta, el atraco tras la noche de la gorgona... En ningún momento pretendíamos...

—¡Silencio! Hablarás de lo que se te diga, ¿entendido? —escupió Wexler—. Hace dos ciclos llamasteis a mi puerta. Necesitabais un préstamo y vuestros avales eran dudosos.

—Se lo he explicado tres veces, señor Wexler.

—Entonces habrá una cuarta. Termine de servir el vino y comience.

Aural se pasó la mano por el cuello sudado. Se sentía más segura hablando ante una masa anónima que frente a un señor del crimen. A su alrededor, los viñedos de Wexler se extendían casi hasta donde alcanzaba la vista. Recordaba que la primera vez que habían puesto un pie allí, con la intención de solicitarle ese maldito préstamo, la finca le había parecido un paraje idílico. En ningún momento podía haberse imaginado que bajo esas tierras anidara semejante podredumbre.

Wexler golpeó su copa con la uña, impaciente, y Aural se disculpó. Mientras servía el rosado siguió dándole vueltas a una idea que le rondaba por la cabeza. Estaba bastante segura de por qué el prestamista insistía una y otra vez en que le contaran la historia de cómo ellos cuatro habían perdido una fortuna —en dos ocasiones—, y casi la vida —otras tantas—. De hecho, le constaba que había interrogado a sus otros tres compañeros por separado en varias ocasiones.

«Llegados a este punto no me puedo permitir ningún deslíz». Se aclaró la garganta y empezó su narración por el día en el que los cuatro aventureros se presentaron en la finca. Lo hicieron con una inversión bajo el brazo, «dinero fácil», y un montón de promesas vacías. Wexler escuchaba sin apartar los ojos muertos de ella. De vez en cuando, tomaba algún sorbo de la copa o asentía ligeramente con la cabeza. En un momento dado, levantó la mano.

—Es suficiente. Quiero que salte al *auténtico* principio. Al día en el que llegasteis a Motaris. Háblame de los Modivigio, de Franchesca Vic y de todo el asunto del *Retrato de la Gorgona*. Sin mentiras y sin omitir detalles, ¿me ha entendido?

Ahora sí, Aural tomó un largo sorbo de vino.

«Al menos, el vino es bueno, eso no se lo puedo negar», pensó antes de empezar a hablar. Se remontó diecisiete días atrás.

**Primera parte:
Se ha cocinado un crimen**

*«El amor y el deseo, al final, siempre se agostan,
pero el hambre es eterna».*

SAN CHULETONCIO 4-3:18, Segunda Carta a los Longanizos

Capítulo 1

Ahí tenemos a dos proto-maleantes. El más joven y pelón, Mosquito, es el aprendiz de Grumo*, líder de esta banda de dos. En sus cabezas anida la idea de hacer carrera como criminales pero, de momento, el éxito les ha sido esquivo. Tras un par de fracasos sonados han decidido probar suerte en Motaris, capital del condado de Roderic Van Geldof; uno de los Cinco Condados Libres. Allí la ley es más laxa, las mujeres llevan faldas un poco más cortas y el solecito invita a la procrastinación. En circunstancias normales, no habría que perder de vista sus carreras —sino para apartarse de ellas—, sin embargo, esta pareja de incompetentes está a punto de chocar con los verdaderos protagonistas de la historia. Y, de paso, dejemos de hablar en presente, ya que estamos en el pasado.

—Verás, muchacho, el señor de estas tierras lleva unos años de un tranquilón que ni una cesta de gatos al lado de una estufa —decía Grumo—. Si no le tocamos lo que cuelga, nos irá bien. Lo cierto es que antes tenía fama de expeditivo, lo mismo que sus *golondrinos*, los llamados *cabecalatas*.

—¿*Expequé?* —Mosquito levantó la nariz, extrañado.

* Grumo es un enano, pero no de los de blandir hachas, dejarse la barba hasta el cinto y horadar montañas. A esos se les conoce como durazan. Él es bajito de nacimiento.

—«Ex-pe-di-ti-vo». Vamos, que le gusta disolver los disturbios a machetazo limpio. Dicen que los jardines de su castillo están amurallados con picas, y que en la punta de estas le encanta clavar... En fin, que siempre gusta de tener cerca a los canallas que se pasan de listos.

—¿Entonces, jefe? Si nuestra cantinela es hacer el *gerifal-te* y el ladrón.

Grumo se detuvo en medio del camino, un terraplén flanqueado por olivos vetustos. Olía a tomillo en flor. Se había quedado una buena tarde, por cierto.

—¿¡Qué te tengo dicho, mentecato!?! Soy un Agente de Latrocinio de Alto Copete, un emprendedor de lujo, ¡no un vulgar *sajabolsas*! Lo que ocurre es que mi clientela aún no está al tanto. ¡Ni se te ocurra volver a escupir esa palabra en mi presencia!

—Ajá. ¿Y lo del callejón del otro día? Bien que le enseñó la arbalesta, jefe. ¿Eso qué fue?

—¡Necesidad imperiosa y apremiante! Ese mercachifle no requería de tanta sortija *pa* tan poco dedo. Además, ya se sabe que se *labora* mejor sin abalorios en las manos. En realidad le hicimos un favor a ese orondo bigotudo. Va, sigamos.

Grumo y Mosquito siempre procuraban tomar vías secundarias, por eso de evitar a patrullas de la guardia y aventureros malhumorados. Hasta el momento solo se habían cruzado con una banda de medianos wiqqes, a los que dejaron tranquilos —intentar meter la mano en sus bolsas era un deporte de riesgo— y con un vagabundo algo desubicado al que le pidieron con amabilidad la dirección, las botas y la cartera.

—¡Anda, pues llevaba razón, jefe! Ese truhán zarrapastroso tenía los peniques bien escondidos. —Mosquito le acababa de arrancar la suela a los zapatos del vagabundo. La daga que había usado era ornamental en exceso y poco práctica—. ¡Y un cigarrillo! Hum, huele a tabaco del bueno...

—Ya te lo tengo dicho: hay que hurgar dos veces, Mosquito. Hoy en día, la gente esconde parte del *parné* a la vista para que lo encuentres rápido, pero se guarda lo bueno a buen recaudo. Deberías tomar nota de mis valiosas lecciones o ni como *gruñidor* acabarás... —Grumo le sacudió a su aprendiz un golpe flojo con el revés de la mano—. ¡Mira!

—¿Qué pasa, jefe? Oh, ya veo...

Apartado del camino y recostado sobre una vieja mochila, un tipo dormía la siesta a la sombra de un árbol. Se cubría el rostro con un sombrero de ala ancha. Calzaba botas altas y vestía un gambesón al que le habían cosido demasiadas veces los raspones. Parecía otro viajante de bolsillo medio vacío y vida plagada de amarguras, sin embargo, la espada ropera que llevaba envainada a un lado tenía lustre como de pequeña fortuna.

—Mosquito, baja del terraplén, rodéalo por la siniestra y mira bien que no haya nadie rondando. —Grumo comenzó a armar su arbalesta—. ¿Has visto esa espada? ¡Este pipiolo no se nos escapa, te lo digo yo! Me da en la nariz que vamos a hacer el día.

El chico pelón se cubrió la boca con el pañuelo y desfundó dos filos; un estilete sencillo y el cuchillo ornamentado. Mientras tanto, y con la eficiencia del que va a preguntar por la hora y en realidad busca guita, Grumo se plantó junto al adormilado. Lo hizo despacio, sin que sus pisadas levantaran polvo, con las piernas separadas y la arbalesta en mano. Mosquito apareció al momento con los filos empuñados hacia abajo. Buena estampa tenían.

Grumo carraspeó sonoramente.

—Dichosas tardes tenga, mi señor. ¿Sería tan amable de atendernos un momento? —preguntó, intentando poner voz de narrador de teatrillo en la calle.

El desconocido farfulló y, sin levantarse el sombrero, le hizo un gesto como si despidiera a un cansino predicador ambulante. Volvió a acomodarse en la mochila.

—Creo que está borracho, jefe —dijo Mosquito.

—Ugh, pues sí. Este tipo huele como a poso de barrica al sol. Seguro que podría encender una hoguera de un estornudo. —Le sacudió una patadita. Luego otra, algo más fuerte—. Ah, caballero, por fin despierta... Sí, sí, eso, apártese el sombrero, así podremos vernos las caras, que somos bien guapos. Oh, ¿le ha llamado la atención este arma con el que le apunto gentilmente? No es más que una arbalesta MK-540 modelo Hacedor-De-Ombligos, y este encuentro, un humilde y cordial atraco.

Grumo esperaba que el terror se instalara en el rostro del vagabundo, sin embargo el desconocido lo que hizo fue bostezar con la pereza de un gato. A continuación, se rascó el mostacho con toda la tranquilidad del mundo. Tenía la piel curtida por el sol y la sal. Grumo dedujo que era un dragontino de Bahía de Dragón; tierra de marineros y maleantes. Mientras tanto, se acomodó la arbalesta. Pesaba bastante como para mantener ese gesto chulesco durante mucho rato. También tenía otra ballestilla en la mochila, pero esta no imponía tanto y rara vez la usaba para los atracos.

Mosquito dio un respingo.

—¡Es un dragontino! Cuidado, jefe, que estos *jayanes* no tienen ni una idea regular. —Le amenazó con los dos filos—. ¡Como te muevas te rajo, canalla! ¡Soy temible!

—Eh, eh, calma, calma... —dijo el dragontino; las palabras escapaban de sus labios con pereza—. A ver, ¿así que esto es un «cordial atraco»? Bueno, digo yo que lo será mientras no empiece un derramamiento de sangre, demonios.

—Exacto, y ninguno de los tres queremos eso, ¿verdad, señor? —Grumo se apoyó en la otra pierna. «Joder, cómo pesa este chisme»—. Lo veo muy ágil para estar de resaca.

—Es que el alcohol por estas tierras no está mal. Buenos vinos y mejor compañía. Aunque nunca le he cogido el punto a eso de que te cobren una fortuna por un trago con un cacho de apio y pepino. —Se mesó las sienas—. Así que

un atraco, ¿eh? Bien, bien... Oye, tú, ¿cómo te has quedado calvo tan joven? A ver, ¿cuánto calzas? Estas botas me están machacando los pies. ¿Qué te parece si nos las cambiamos? Ah, bonita daga, por cierto. Dámela, chaval.

Grumo soltó una risa irónica cargada de impaciencia.

—Veo que está más atolondrado de lo que pensaba, señor. Mire, *nosotros* somos los atracadores y *usted* es el que afloja la guita. ¡Y ni se le ocurra tocar esa espada ropera que tiene ahí al lado! Vacíe su bolsa aquí mismo, va, a mis pies. Somos profesionales, así que si no hace nada raro le prometo que llegará a la próxima ciudad con los diez dedos de las manos.

—Bah, no tengo cuerpo para esto. ¡Idos al cuerno los dos! —exclamó el dragontino, y tal cual escupió el impropio, se echó el sombrero sobre la cara y volvió a recostarse.

Grumo se puso rojo de furia. Se supone que los atracados no se comportaban de esa manera. No solo era una falta de respeto, sino un indicador de muy poca profesionalidad.

—¿¡Quién se cree que es, *gayán* emborrachado!? ¡Ya está ahora mismo dando la cara y descalzándose, o le juro que...! ¡Au! ¿Qué ha sido eso? ¡Mosquito, en guardia!

—¡Una manzana, jefe! Ha caído del árbol y le ha dado en la cocorota... ¡Otra! Debe estar bien maduro el jodío. Mire, ¡otra más! ¡Nos están asediando!

—¡Si es un olivo, zoquete! ¡Cómo va a echar manzanas!

—¿Será cosa de injerto *desos*? Una vez me comí una patata morada.

Maestro y aprendiz alzaron la vista. En lo alto había un niño sentado en una rama, comiendo a carrillos llenos. Vestía un chalequito marrón claro y tenía el pelo hirsuto cual seto. Un saquito de manzanas colgaba de otra ramita, justo al lado. La expresión jovial del diablillo y la hiperactividad en la mirada lo identificaban como algún tipo de mediano muy joven; ni siquiera tenía pinta de haber llegado a la

adultez. Les sonrió mientras que con un cuchillo le sacaba la monda a una manzana.

—¡Oh, perdón! Se me ha debido caer una. Tres veces seguidas, je. Hoy estoy un poco torpe. ¿Quieren un bocado, señores atracadores? ¡Están ácidas! ¡Y muy ricas!

—Pe-pero ¿de dónde has salido tú? —Grumo sacudió la cabeza—. ¡No importa! ¡Baja de ahí, calamidad de a metro, y dale la vuelta al chaleco! Conozco bien a los de tu calaña. Y no intentes nada raro. ¡Ese cuchillo no intimidaría ni a una vieja pelleja, así que deja de menearlo cual varita!

Clepto miró el utensilio con extrañeza como si fuera la primera vez que reparaba en su existencia. Lo sacudió para ver si de pronto proyectaba algún tipo de boloncho en llamas mágico, pero no ocurrió nada. Se encogió de hombros y siguió comiendo.

—¡Va, chinchilla! ¡Suelta el cuchillo ahora mismo! —insistió.

Y, de pronto, dos aceros reflejaron la luz del atardecer. El primero, una espada ropera con una guarda enroscada, el segundo, un estilete sobrio que brotó de la caña de la bota del supuesto vagabundo borracho. De un zurdazo, el espadachín cortó la cuerda de la arbalesta antes de que Grumo pudiera apretar el gatillo, mientras que con la diestra hizo lo propio con el cinto que anudaba la pantaloneta de Mosquito. Al chaval se le bajaron los pantalones hasta las rodillas y trastabilló. Al momento, la posición del estilete sugería que si Mosquito se movía más de la cuenta, quizá perdiera la aptitud de mear de pie para siempre.

—Bien, ¿dónde estábamos? —El espadachín se levantó, ya sin fingida torpeza—. Ah, sí. El atraco.

—¡Mentiroso, balandrón, zaíno! ¡No estás borracho! ¡Zurcemierdas!

—¡Hemos sido *engañado*! ¿¡Q-qué hacemos, jefe!?

—Mosquito no movía un músculo.

—Ve descanzándote, muchacho, que me da que hoy son otros los que van a hacer el día —dijo Grumo de mala gana

al tiempo que se aflojaba la bolsa del cinto de un tirón. Cayó a peso levantando una ligera polvareda que se deshizo al momento, al igual que los sueños de fortuna de los dos atracadores.

La brisa mecía los árboles a ambos lados del camino. Camiz estudiaba con el ceño fruncido la daga que le había confiscado a Mosquito. Medía palmo y medio, se curvaba desde la empuñadura hasta la punta y presentaba un grabado de filigranas por el filo. En el pomo tenía un engarce de vidrio muy ostentoso. La vaina derrochaba fantasía.

—Por mi madre, ¡qué trasto! —La volteó en el aire—. No está equilibrada y el pedrolo que tiene en el pomo es más falso que una moneda de madera. ¿La quieres, Clepto? Yo no usaría esto ni para limpiarme las uñas. Acabaría cortándome un dedo.

Él la aceptó de buen grado, se la anudó al cinto y siguió caminando, pero ahora balanceaba los brazos con aire altivo. Odiaba las armas casi tanto como el hecho de usarlas, sin embargo, esa parecía mágica, lo cual siempre le daba caché a un wiqqe*.

—Oye, Camiz, ¿por qué les hemos dejado la ballesta de mano, el estilete y medio queso rancio?

—Esos dos eran unos mierdecillas, Clepto, y con algo se tienen que apañar. Has de saber que nunca hay que desplumar del todo a un maleante o aventurero. Es una norma no escrita, como eso de las setas, que si cortas la base con un cuchillo al año siguiente vuelven a salir. Así prosperamos, ¿sabes? —Se olisqueó la camisa—. En cualquier caso, sigo

* Clepto es un mediano wiqqe, lo cual es sinónimo de «pequeño de-sastre con patas». Los wiqques son una subraza caracterizada por pertenecer a comunidades nómadas, su ansia enfermiza por descubrir nuevos horizontes y por ser el equivalente medieval-fantástico a los mosquitos en verano.

diciendo que hemos desperdiciado un buen orujo al echar-melo por encima.

—Tú insististe en hacer un Borracho En La Siesta, *careid*.

—Ya, pero ahora me van a acudir las avispas.

—¡La cuestión es quejarse! Quítatela y tirla. Ya encontraremos otra de tu talla.

—Sí, anda, ¡tirarla dice! No estamos ni para derrochar un penique y soy malísimo robando ropa. Nunca acierto con las tallas. —Se echó un ojo a las botas nuevas. No le quedaban mal—. ¿Cuánto llevaban encima esos dos? No, mejor dime el total, que si no me deprimó.

Sin dejar de caminar, Clepto sacó un saquito de monedas de uno de los bolsillos insondables de su chaleco. Sonaba, más que a pequeña fortuna, a miseria severa embolsada. Cogió un puñado de moneditas doradas, plateadas y cobrizas y las contó con los dedos a toda velocidad. No había mucha variedad, ni cantidad.

—Treinta peniques, una libra, ocho rubias de oro y... seis botones. Ah, y un alfiler.

—Genial. Calculo que con lo que tenemos estamos como puta por rastrojo. No nos da ni para empezar, demonios. —Sacó la petaca de un bolsillo y le pegó un lingotazo.

Los caminos secundarios que llevaban desde la finca de Wexler a la capital estaban descuidados. Les faltaba algún que otro adoquín, pero casi siempre caminaban a la sombra. Algo de agradecer, pues habían entrado de lleno en la estación del calor y, al mediodía, el sol picaba. A ambos lados del terraplén quedaba el linde del bosque o alguna granja suelta o aserradero.

—Oye, ¿estás seguro que el señor enanito y el chico calvo podrán ejercer de lo suyo? —preguntó Clepto al rato—. ¿Y si les devolvemos lo que les hemos quitado?

El espadachín arqueó una ceja.

—¿Y este brote repentino de honestidad? —soltó una risa seca—. Mira, Clepto. Esos eran un par de *cucarachos*, sobreviven a todo. Se las apañarán. Hasta les hemos reco-

mendado que prueben suerte en alguna botica. Se acerca fin de ciclo y ahí siempre juntan dinero. Además, seguro que ellos no tienen a un maldito señor del crimen soplándoles en la nuca. Escucha, amigo, tienes que dejar de compadecerte de la gente y ser más egoísta. Si no, algún día te la clavarán por la espalda. No sé cómo os las apañáis los wiqques para sobrevivir, la verdad...

Clepto resopló por lo bajo e hizo una mueca de burla. Los suyos no entendían del todo el significado de conceptos como «malicia» y «miedo», y también sostenían largos debates sobre el de «propiedad privada», ya puestos. En cualquier caso, la pareja siguió caminando a la sombra hasta que llegaron al primer cruce de caminos. Con la idea de evitar toparse con atracadores o Gambesones Rojos, habían tomado un par de desvíos y ahora no tenían del todo claro cómo llegar a la capital. La ciudad quedaba dividida en dos por el río Orbeta y la rodeaban unas montañitas kársticas, los llamados Dedos Cortados; sin embargo, por los alrededores no se veían ni dedos, ni muñones, ni ríos. Clepto rebuscó en su mochila y sacó un mapa lleno de anotaciones.

—Hum. A ver, a ver... Es por ahí, creo. Espera, no. Es por ese otro camino.

—¿Seguro? En el poste han tachado «Cortijo El Molino» y ahora pone «Nido Mantícoras», así, sin el «de». Mal asunto.

—¡Oh, qué interesante! ¿Y si nos acercamos a capturar una de ellas? ¡O a robar sus huevos! ¿Las mantícoras ponen huevos? ¡Nunca he visto una! Seguro que son criaturas muy agradables.

—No me gustan ni los monstruos ni los magos, Clepto. Si puedo, siempre prefiero medir mi acero contra un hombre —dijo palpando la empuñada de sus filos. «Siempre espero lo peor de la humanidad. Por eso sigo vivo», pensó.

Haciendo oídos sordos, Clepto volvió a mirar el mapa con el ceño fruncido y, al poco, le dio la vuelta. Entonces soltó un larguísimo «Ahhhhhh» y asintió, comprensivo.

—¡Es por ese camino de ahí! Oye, no me mires así, que yo no soy el explorador del grupo. Si estuviera aquí Eldbai ya te digo yo que llegaríamos en un periquete. —Se rascó la mollera. «Se largó un poco enfadado, el pobre. ¡Seguro que vuelve pronto!», pensó al tiempo que revisaba el redescubierto mapa—. Nos queda medio día de viaje. ¡Hay tiempo de sobra! ¡Tranquilo!

—¿Tranquilo? ¿¡Tranquilo!?! —repitió, enojado—. Mis cojones como dos soles, tranquilo. Tiempo es precisamente lo que no nos sobra. —Se subió la manga de la camisa. Lo hizo de un tirón.

Trenzada alrededor de la muñeca del espadachín brillaba una larga pulsera dentada de metal gris gastado. La llevaba adherida a la piel como una sanguijuela de acero sucio. Además, engarzadas al cilicio también centelleaban treinta cuentas diminutas de cristal. Dos de ellas habían perdido el color y estaban ennegrecidas. Los dientes afilados de la cadena amenazaban la carne, hambrientos.

—Ya sabes lo que pasará si no lo conseguimos, Clepto. Y tú con más motivo que ningún otro. Enséñame la tuya. ¡Que me la enseñes, he dicho!

El mediano entornó los ojos y se arremangó, algo avergonzado. En su antebrazo había un cilicio idéntico al del espadachín, salvo por el hecho de que él tenía doce cuentas oscurecidas. Una de ellas estaba quebrada en dos. La cadena le quedaba mucho más ceñida y se notaba que los dientes empezaban a clavarse en la carne con avidez.

—Vale, reconozco que no fue buena idea intentar romperla...

—¿Te duele? —preguntó Camiz.

—Solo me pica a ratos. —Se bajó la manga—. Venga, no te preocupes, *careid*. Cuando lleguemos a Motaris y nos reunamos con Aural, ya verás como se soluciona todo. Seguro que esa brujita cantamañanas ha encontrado la manera de quitarnos estas dichosas, ehh, cadenas asesinas. ¡Entonces seremos libres! ¡No más prestamistas, ni deudas!

—Espero que tengas razón, Clepto, porque de lo contrario estamos muertos —dijo mientras se cubría la pulsera dentada, sabedor de que sus palabras no eran ninguna metáfora revenida.

Capítulo 2

Aural no entró en la botica hasta que estuvo libre de clientela. El asunto a tratar necesitaba hablarse a millas de distancia de oídos indiscretos.

Cerró la puerta tras de sí. Frascos llenos de culebras en salmuera, tarros con bicherío vario y faltriqueras de tabaco en fila rebosaban en los estantes de la botica. Se intuía un estilo durazan en la arquitectura, aunque no estaba, ni de lejos, en un fortín de las Montañas Grises. Olía a hierbas medicinales y a tabaco picón, mentolado y espeso. Tras el mostrador de pino despachaba una anciana durazan de las de mal genio, hachas de guerra y pasión por los pasadizos subterráneos. Aural lo agradeció, ya que la mesa no era muy alta y podía apoyarse en ella sin necesidad de pedir una banqueta, como le ocurría algunas veces. La dueña, subida a una escalera de dos peldaños, estaba metiendo una pequeña serpiente alada muerta en un frasco lleno de líquido viscoso. Al ver a la clienta de reojo, bajó y se acercó al mostrador limpiándose las manos en el mandil. Su larga edad se veía reflejada en un rostro apergaminado.

—¿Qué se te antoja, niña? Como vengas a por tabaco ya te aviso que... Ah, que eres una gnoma *desas*. Mis disculpas. No hay muchos de los tuyos en Motaris. Está el señor Goline De Gass y otro par que se mudaron hace poco. Oye, ¿todos tenéis los ojos tan grandes?

—Buenos días, señora. —A Aural se le iba la vista hacia todo el tarrerío alquímico de la botica. El sitio prometía. ¿A qué olería ese frasco en el que se leía «Oreja de Trasgo»?—. Verá, me han asegurado que usted podría ayudarme con un asuntillo. Tengo un problema, ehh, algo de lo que debo deshacerme. No es nada ilegal, sin embargo, exige de muchísima discreción.

La vieja levantó la vista y la miró por encima de los anteojos. En aquellos ojos se reflejaba una sabiduría ancestral sedimentada con el paso de las décadas, antigua y sólida como la roca. También una mala leche de espanto.

—Ah, criatura, tengo justo lo que necesitas. A ver *ande* lo he puesto... —Se giró y recorrió los frascos expuestos con el índice—. No, este pote no es. ¡Humpf, aquí está! La mezcla está hecha a base de tallo de ruda con una pizca de flor de poleo. Bébelo en té muy caliente. También me queda algo de artemisa negra, pero creo que a una menuda como tú le haría más mal que bien. El bebedizo funcionará siempre y cuando el desliz no haya sido hace más de cuatro ciclos*.

Aural frunció el ceño sin saber qué responder. Entonces, cuando cayó en el tipo de remedio que le estaba ofreciendo la señora, su rostro se incendió por el rubor.

—¡Oh, se equivoca! N-no va por ahí la cosa.

—Tranquila, jovencita, todas hemos hecho alguna que otra tontería. Tenemos que cuidarnos entre nosotras. ¿Acaso vas mal de dineros? Eso puede arreglarse. Tengo la tienda hecha unos zorros. Mi nieta, Rotigilda, últimamente está de un vago redomado que *pa* qué. Tan solo piensa en rondar con los zagales, ¡humpf! No me vendrían mal otro par más de manos en la botica. ¿Qué dices?

Aural sonrió y se disculpó por haberse expresado mal. Echó un vistazo a la tienda, y tras asegurarse por decimo-

* Un ciclo equivale, aproximadamente, a medio mes estándar. Esta caprichosa forma de contar el tiempo obedece a las órbitas de las dos lunas hermanas, asunto con el que no nos vamos a alargar en esta historia.

cuarta vez de que estaban completamente a solas, se subió la manga del vestido. Una cadena dentada le mordía el antebrazo. Una serpiente forjada de hierro y crueldad. Al verla, la durazan puso un semblante pétreo muy apropiado para su raza.

—¿Sabes lo que implica llevar esto, niña? —preguntó con voz ronca y áspera.

Ella asintió. «Treinta cuentas, treinta días. Una cuenta atrás y, por tanto, una garantía de que vuestra deuda será saldada a tiempo», recordó. Aquellas habían sido las palabras del prestamista. La amenaza amable de Wexler Cuatrodedos.

—¡Por el Eslabón Doblado, que desde la guerra que no veía una así! —La vieja se llevó la mano a la muñeca de forma inconsciente—. Nadie usa ya estos aparejos *endemonios*. Y menos tan al sur, chiquilla. Al menos, nadie con el que una vieja como yo quiera tener trato.

—No importa quién lo use o deje de hacerlo, tan solo importa si es usted capaz de quitármelo.

—Lo siento, criatura. No puedo ayudarte. Vete.

—¿¡Qué!? Pero me aseguraron que usted...

—¡Ni peros, ni peras! Fuera de mi botica, niña. Estamos cerrados.

—Señora, se lo pido por favor. Cuando estas cuentas dejen de brillar no será el brazo lo único que pierda. —Sus ojos se humedecieron al tiempo que intentaba que no se le rompiera la voz—. Es... una estranguladora trasga. Una cadena asesina.

En el rostro pétreo de la durazan se formó una grieta. Un golpe seco contra una pared impasible. No fue suficiente.

—Mira, angelito, a mí la Parca ya se me ha *llevao* a un marido y dos hijos. Uno muerto en combate, el otro exiliado por laborar como su madre le enseñó. He vivido más guerras de las que debería y he perdido demasiado. Merezco acabar mis días en paz. Fuera de mi botica. Ya.

Aural balbuceó. La señora agarró una escoba de mango de metal y ella no quiso darle motivos para demostrar cómo

era que la empuñaba con la destreza de un soldado curtido. La gнома se despidió dándole las gracias. La dueña cerró de un portazo.

Fuera, Motaris rebotaba de los ruidos alegres de una urbe que hace mucho que no ha vivido un derramamiento de sangre. Un pato a la fuga correteaba por la acera perseguido por un perro lanudo. Los Gambesones Rojos patrullaban por aquí y por allá, alabarda al hombro, con sus clásicos yelmos que bien les valían el apodo de *cabecalatas*. La gente de Motaris iba vestida a la moda; por lo visto, en esa estación se llevaban los colores chillones. Aural miró su deslustrado vestido rojo y soltó un largo suspiro. Luego, buscó un callejón apartado del gentío donde poder apoyarse contra una pared y pensar. Eligió uno libre de atracadores y mendigos.

Se arremangó. La estranguladora brillaba con su acero sucio. Tres cuentas ennegrecidas, tres días de plazo consumidos. Tres días menos antes de que Cuatrodedos se cobrara su deuda de la peor de las maneras. En ese momento, se sentía muy desgraciada. Como si no importara cuánto se esforzara, pues fracasaría de todos modos.

Tres días atrás, tras dejar la finca de Wexler con una deuda sobre sus hombros casi imposible de saldar, Aural se había enterado —por mediación de un zahorí de ojos grises, muy atractivo, por cierto—, de que en la capital vivía una boticaria durazan. Era veterana de guerra y los rumores apuntaban a que había pasado una temporada prisionera de los trasgos. Si esto fuera así, la lógica decía que en algún momento habría llevado una estranguladora trasga. La edad de la boticaria, sumado al hecho de que estaba viva,* invitaba a pensar que había sido capaz de deshacerse de ese aparejo cruel. Tras saber esto, Camiz y Clepto habían acordado cos-

* Los no-muertos son bastante raros. Por ejemplo, los mercaderes reanimados tienen una fama terrible y son perseguidos por los cuerpos especiales de Hacienda. Esto ocurre por su afición a comerse a la clientela, pero, sobre todo, porque los muertos están exentos de obligaciones fiscales.

tear un carromato de urgencia para que Aural llegara cuanto antes a la capital y buscara a esa antigua guerrera durazan. De hecho, la gnoma ya llevaba casi dos días pululando por la ciudad. Sus compañeros debían estar a punto de llegar.

«Y cuando lo hagan, se desvelará mi fracaso. Camiz tenía razón: no podía ser tan fácil».

Algo se movió en los tejadillos, justo encima de su cabeza. Dio un respingo y, al momento, un gato salió disparado con la cola enhiesta y desapareció de su vista. La gnoma respiró tranquila.

«Tan solo son dos gatos peleándose», pensó mientras acariciaba las cuentas de la pulsera. Sin embargo, al poco le llegó un olor intenso a regaliz. Denso. Dulzón. El pelo de la nuca se le erizó, lo que le recordó al gato aterrado que acababa de entrever.

—Ts, ts, ts. ¿La gnomita no estará haciendo preguntas que no debe? —dijo una voz femenina. Sonaba como arañar una pizarra con las uñas.

Aural pegó la espalda a la pared sucia y descascarillada al tiempo que una criatura menuda se asomaba por el tejadillo. Parecía que tenía un melón con pelo por cabeza, engarzado con dos ojillos crueles. Su boca, enorme y sonriente, estaba llena de dientes rotos o puntiagudos. Por su oreja izquierda cortada, el gorro rojo sangre que pendía hacia un lado y el palo de regaliz que masticaba sin parar, no le quedó ninguna duda de con qué trasga en particular estaba a punto de tratar.

—Wi-wizka...

—Ts, ts, ts. ¿Qué querías saber de la vieja veterana durazan, gnomita?

—N-no hemos hablado con nadie sobre tu amo. Mis asuntos con la durazan son privados.

Wizka Bocasucia bajó de un brinco del tejado y se plantó frente a ella. Aural ahogó un grito, se pegó aún más a la pared y la amenazó esgrimiendo una mano enguantada.

—¡Qu-quieta ahí, te lo advierto, o te abrasaré con mi magia! —Chasqueó los dedos y una llama azul índigo danzó sobre la palma de su mano.

Aural sabía que la práctica totalidad de los trasgos odiaba y temía a la magia por igual. Un miedo atroz arraigado en la memoria de su raza. Esto se vio confirmado cuando Wizka entornó los ojos con recelo, dio un paso atrás y apoyó la barbilla en una manita pellejuda. No dejó de mascar el palo de regaliz con la boca abierta.

—Wizka ya sabe que no le has dicho nada interesante a la vieja durazan, gnomita. Por eso no le tocaremos un pelo, sí. A mi señor no le gusta que nadie airee sus asuntos y, por lo tanto, a Wizka tampoco. ¿A quién más le has estado haciendo preguntas que no deberías?

Aural titubeó. Se había postulado en contra de aceptar las exigencias de Wexler Cuatrodedos desde el mismo momento en el que les había colocado las estranguladoras. De hecho, era firme defensora de que su mejor alternativa pasaba por quitarse las cadenas asesinas y huir muy lejos de los Condados Libres. Para bien, cambiándose de ropa, peinado y nombre. Y de sexo, si era posible. Tras el fracaso de Clepto al intentar forzar su grillete-cilicio, Aural decidió consultar el asunto con un par de bardos, incluido ese zahorí tan guapo de ojos grises. Había sido *muy* discreta. Ni Cuatrodedos ni Wizka podían saberlo. Era imposible.

—Con nadie —mintió—. Nuestra boca está sellada, y nuestro trato sigue en pie. Dile a tu amo que si quiere que cumplamos sus draconianos plazos, que deje de inmiscuirse. Espantas el trabajo, Wizka. Vuelve a que te pongan la correa al cuello.

La trasga se encaramó de un veloz brinco a la canelera del tejadillo y se quedó agarrada con los pies, boca abajo. Parecía un murciélago. Su gorro rojo le caía en punta, pero se mantenía en su sitio. Aural se sobresaltó tanto que el hechizo que mantenía se le desvaneció de la mano.

—Oh, sí. Buena gnomita, buena gnomita. No hay que hablar de lo que no se debe con quien no se debe, ¿eh? Cuatrodedos os lo dejó muy claro, ¿sí? —Se mordisqueó una uña con desinterés—. Ah, por cierto, tus amiguitos acaban de cruzar la barbacana. Están buscando algo de oficio con beneficio. Wizka cree que deberías ir a ayudarles.

—En ello estaba hasta que has aparecido. —Se dio un golpecito en la mochila. Lo hizo con una mezcla de desdén y desafío. Junto a la funda desconchada de su rabel* y la ballesta de mano asomaban unos pergaminos lacrados recién arrancados de un poste—. Ya que estás aquí, dime: ¿han venido...? ¿Han venido los tres?

Wizka le mostró una sonrisa como una llaga repleta de dientes.

—Tan solo la ratita y el dragontino; vuestro medio elfo sigue en los bosques, perdido junto a sus dudas y silencios... ¿Ves? Wizka trae buenas noticias, gnomita. Wexler cuida bien de sus inversiones y Wizka os desea suerte con los negocios. —Se incorporó para subir al tejado, pero a mitad de gesto se detuvo—. Ah, y cuidado con lo que preguntáis. No todos los consejos son buenos, en especial aquellos que vienen tras una sonrisa, varias mentiras y una dulce mirada gris.

Aural tenía lista una réplica para deshacerse de ella, pero las palabras murieron en su garganta. ¿Sonrisa, mentiras y dulce mirada gris? ¿Acaso estaba hablando del zahorí? No, era imposible. Había sido muy discreta. ¡Más que nunca! Lo cual tan solo podía significar que... A lo que se repuso del golpe e intentó contraatacar, Wizka ya había desaparecido. Dejó atrás un fuerte olor a regaliz y la certeza de que estaban metidos hasta el cuello en un juego sobre el que habían creído conocer las normas de antemano, pero del que se acababan de descubrir como unos meros principiantes.

* El rabel es como un violín, pero con menos cuerdas y aún menos glamour.